

Teatro

Pinter y la desolación crepuscular

'TIERRA DE NADIE'

Autor: Harold Pinter. / Dirección: Xavier Alberti. / Reparto: Lluís Homar, Josep María Pou, Ramón Pujol, David Selvas. / Escenario: Naves del Español. Matadero. Calificación: ★★★

JAVIER VILLÁN / Madrid

Inmortal Pinter, amargo Pinter, complicado Harold Pinter. Entre el absurdo puro y una sombría melancolía. Se habla aquí, en este Pinter crepuscular, de una tierra de nadie, de una tierra baldía, como podía ser la tierra de Elliot, y el alma desolada de los hombres.

«La condición de toda poesía es crear mundos, dar vida a lo que, en principio, yacía más allá de nuestras almas» (Ezra Pound). Esto es aplicable a *Tierra de nadie* y a *The waste land*.

En el fondo, ese lugar, más terrible que mítico, de *Tierra de nadie*, es una elegía, un soliloquio desdoblado en dos personajes, o si se quiere en cuatro; y lo que de verdad conmueve es que toda tierra desolada la habitan un cortejo de fantasmas, esas sombras que han



El autor teatral Harold Pinter, en una imagen de 1969. / CORDON PRESS

ido moldeando o rompiendo nuestro espíritu.

Al escribir esta obra, Pinter estaba en ese momento cálido de plenitud decadente en que poema es una confesión, una recapitulación sobre la sabiduría adquirida. Apasionante como ensayo y como memoria, pero limitada en sus posibi-

lidades escénicas, *Tierra de nadie* es casi el testamento melancólico y sombrío, de un poeta y de un hombre de escena que marca el destino y la raíz de estos tiempos oscuros. La dirección de Xavier Alberti, académica y ortodoxa, no logra romper el estatismo pensante del texto. El réquiem, el responso-

rio del *Dies Irae* del entierro de Pinter, fue este párrafo que, en buena medida, es el eje medular de *Tierra de nadie*, un catálogo de rostros y de fantasmas. Dice Pou a Lluís Homar: «Podría mostrarle mi álbum de fotografías. Podría incluso suceder que viera en él algún rostro que le recordara el suyo, lo que antes había sido. Podrá ocurrir que viera rostros de otros, en la sombra, o en mejillas de otros dándose la vuelta, o mejillas o nuca. (...) acepte el amor del fantasma bueno, quítese el sombrero ante ellos. ¿Le parece cruel apremiarlos cuando están sujetos, encarcelados? (...) Por eso le digo: tratemos a los muertos con la misma ternura que querríamos ser tratados en nuestra ida».

Muy bien, y convincente Pou, en este monólogo poemático, ante un Lluís Homar devastador por la maestría y el magisterio de su sutileza, su sentimentalidad y su mágica presencia escénica. Bien, sobre todo, porque a Josep María Pou le cuesta sonreír en escena, ni siquiera estando borracho. Son dos escuelas de interpretación:

Pou y Homar; confieso que, intelectualmente, me encuentro más cerca de la fragilidad de matices de Homar, que de la dureza berroqueña de Pou; de cualquier forma, ambos llevan a buen puerto esta delicada orfebrería del pensamiento, escénicamente crepuscular, de Harold Pinter.

Esta obra ha tenido un destino, y una exigencia, de buenos actores y en España se cumple ese destino. En realidad, el carácter discursivo e intelectual de esta tierra baldía tiene que basarse en dos actores; sin ellos no es posible la realidad escénica del gran Pinter del absurdo y los espacios cerrados como metáfora del hombre y de la sociedad en que vive.

Un sublime, de principio a fin, Lluís Homar y un rotundo Josep María Pou. Es posiblemente el mejor momento que se le haya visto a este actor catalán formado en Madrid.